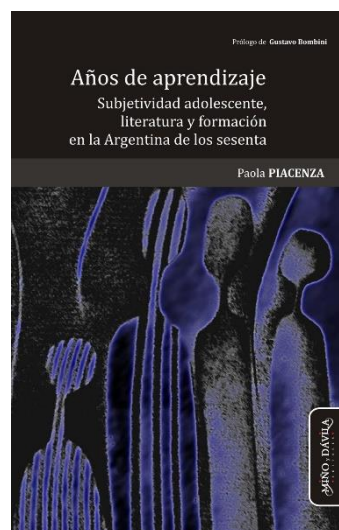

**Años de aprendizaje. Subjetividad adolescente, literatura y
formación en la Argentina de los sesenta, de Paola Piacenza**
POR LILIANA SWIDERSKI

Paola Piacenza
**Años de aprendizaje. Subjetividad
adolescente, literatura y formación en la
Argentina de los sesenta**
Buenos Aires
Miño y Dávila
2017
416 páginas



**Años de aprendizaje. Subjetividad adolescente, literatura y
formación en la Argentina de los sesenta, de Paola Piacenza**

Liliana Swiderski¹

Paola Piacenza, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Rosario y de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina), ofrece en *Años de aprendizaje. Subjetividad adolescente, literatura y formación en la Argentina de los sesenta*, los

¹ Doctora en Letras y Magíster en Letras Hispánicas (Universidad Nacional de Mar del Plata). Profesora adjunta en el área de Literaturas Europeas de la UNMDP, y directora del actual proyecto del Grupo "Literaturas europeas comparadas" (2018-2019).

resultados de su investigación doctoral. Desde las primeras páginas, la autora explicita la articulación entre las diversas nociones presentes en el título:

la identidad - individual, colectiva, 'nacional'- asume una forma narrativa que encuentra su metáfora en la subjetividad adolescente porque el *relato de formación* de los años sesenta en la Argentina narra los años de aprendizaje de una nación que busca *salir de la adolescencia* y alcanzar su *madurez*. Elegimos colocar en el centro de ese *relato* a la literatura (p. 17).

Esta matriz, hilo conductor de un copioso entramado de textos, autores y disciplinas, resulta atractiva no sólo por su tema, sino también por su peculiar metodología. En efecto, el foco de atención se desplaza “desde la macropolítica de las instituciones al de la micropolítica de los sentidos múltiples” (p. 391), a partir del reconocimiento “de un orden mayor - un discurso social - como espacio de puesta en diálogo de saberes, dichos, contradicciones, propagandas, consignas, silencios y polémicas del momento” (p. 391).

Definir los alcances de esta edad, con su “ineludible cualidad simbólica” (p. 61), a horcajadas entre procesos psicológicos y sociales, es una empresa compleja; se trata de un concepto relacional y cultural pues varía en función de la idea de adultez (p. 62). A diferencia de la pubertad, categoría biológica, la adolescencia supone un constructo “discursivo” y, por tanto, “típicamente literario” (p. 81). Jóvenes, naciones y narrativa tendrán en común, durante los sesenta, la conciencia de su carácter inacabado y las ansias por conquistar su identidad. En el libro se enfocan y analizan diferentes “narremas” que sostienen el andamiaje conceptual de la época, como “desarrollo/subdesarrollo, revolución, aprendizaje, cambio, transición y crisis” (p. 22). El “cambio”, sobre todo, es eje de encendidas disputas ideológicas: entendido en sentido durativo como “tránsito”, motoriza el optimismo pedagógico del momento.

Piacenza concede gran importancia a las coordenadas sociohistóricas, por lo que examina la teoría del desarrollo desde sus lineamientos económicos, políticos y espiritualistas, en una coyuntura fuertemente polarizada (peronismo/antiperonismo, dependencia/independencia, atraso/modernización); y explica las ideas pedagógicas surgidas en ese magma, entre las que sobresalen la pedagogía de izquierda o el trascendentalismo en sus diversas variantes: católico, laico, popular o funcionalista (pp. 28-29). De muy diverso cuño, dichas postulaciones coinciden en la percepción del

joven como “hombre nuevo”; sintagma que tolera, y de hecho favorece, interpretaciones encontradas. El juvenilismo es causa y efecto de fenómenos distintivos, como el extraordinario crecimiento de la matrícula en la escuela secundaria; el nacimiento de organizaciones adolescentes con presencia pública; la implementación de actividades que se creían oportunas para el desarrollo (entre ellas, los famosos “campamentos”); el impulso de la universidad “libre” y hasta el imperativo de caracterizar la “subcultura” adolescente desde las ciencias psicológicas y sociales, que ya no le asignan un sentido meramente transicional (p. 43). Es más: surge una preocupación (agregaríamos, todavía no saldada) sobre la “alarmante ‘adolescencización’ de la conducta que parece instalar a la adolescencia como ‘estado final’ de la formación humana” (p. 77).

La *Bildung*, en tanto proceso y resultado, así considerada por la tradición alemana ilustrada y por los ideólogos del *Sturm und Drang*; y la adolescencia, definida como “segundo nacimiento” en palabras de Rousseau, son examinadas por Piacenza para luego detectar sus derivaciones en la pedagogía argentina y en los relatos de formación. La autora subraya con frecuencia la singularidad del período:

En los años sesenta, el adolescente se constituye en un personaje ineludible en la narrativa latinoamericana y como subjetividad en estado de formación, encarna al sujeto del futuro nacional en proceso de búsqueda identitaria que tiene lugar luego de la Segunda Guerra Mundial (p. 57).

En concordancia con la emergencia del discurso psicoevolutivo sobre tal franja etaria y con “los principales juicios y evaluaciones de las ciencias sociales, el discurso político y periodístico contemporáneo” (p. 59), Piacenza recupera relatos con protagonistas adolescentes de “Conti, Cortázar, Briante, Guido, Yunque, Germán García, Puig, Moyano, Lange, Viñas, Saer y Rodolfo Walsh” (p. 59). Cuando es necesario clarificar la génesis de ciertas transformaciones o los factores exógenos que influyeron en ellas, la investigación trasciende tiempos y geografías. Así, la literatura argentina dialoga con la cubana, de la mano de Carpentier y Lezama Lima; con la literatura “de la Onda” mexicana, especialmente José Agustín; y con la peruana, a través de Vargas Llosa, Arguedas, Reynoso y la “literatura de collera”. De modo análogo, se enhebran con fluidez creaciones europeas o norteamericanas, paradigmáticas en la constitución

del *Bildungsroman* o en la exploración de la subjetividad juvenil: entre ellas, *El adolescente*, de Dostoievsky; el *Diario de Ana Frank*; *El guardián en el centeno*, de J. D. Salinger; *Lolita*, de Nabokov, entre otros. Desde su original recorte epistemológico, la autora contagia su entusiasmo por la lectura o relectura de obras poco frecuentadas; pero también ofrece información actualizada y perspectivas novedosas para aquellos títulos que han generado una profusa masa crítica.

El estudio puntual del personaje adolescente en la literatura argentina es precedido por un análisis genealógico que retoma diversos hitos como la figura de Telémaco, los efebos de la Antigüedad Clásica, el pícaro (especialmente español y alemán), el *Emilio* de Rousseau y el “siglo pedagógico”, con *Los sufrimientos del joven Werther* y *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Goethe; hasta llegar a los *Künstlerromane*, ejemplificados con *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce y el *Retrato del artista cachorro*, de Dylan Thomas. Ya en la literatura argentina, enfatiza “que la primera metáfora etaria de la literatura nacional es la de un niño asesinado en *El matadero* (1837)”; para luego caracterizar tres momentos distintivos: la vertiente memorialista y educativa de la generación del ochenta; la publicación en 1926 de *El juguete rabioso* y *Don Segundo Sombra*; y el lirismo de los cuarenta, representado por Norah Lange, Abelardo Arias o Jorge Ábalos.

Ya en los sesenta, Piacenza delimita dos campos bien marcados. Por un lado, la “adolescencia romántica” que será tema y autofiguración en Julio Cortázar, cuya “eterna efebicia” resulta funcional a un discurso dominado por la metáfora adolescente (p. 155); además de que su narrativa resultó canónica para la edad, cuando la lectura formaba parte del *habitus* juvenil. Por otro lado, “el relato de formación de izquierda”, que denuncia la imposibilidad de disfrutar de la infancia y adolescencia por culpa de los condicionantes sociopolíticos, que obligan a “crecer de golpe” (p. 180). En línea con la “picaresca” arltiana, esta vertiente encontró su expresión en Yunque, Moyano y Briante, y supuso “una renovación de los medios de representación realista en la literatura latinoamericana” (p. 181), que se nutrió de Tolstoi, Dostoievsky, Hemingway y Faulkner. Tanto en la línea “romántica” como en la “picaresca” se relata una maduración; no obstante, otras narrativas cuestionan la posibilidad misma de aprender: es el caso paradigmático de Witold Gombrowicz, cuyo

ferdydurkismo defiende la inmadurez como ética y como posibilidad, a partir del “relato inverso o *cómo se dejó de ser el que se era*” (p. 211). Tal concepción perdurará en *Nanina* de Germán García o en *La traición de Rita Hayworth* de Manuel Puig, ejemplos de lo que Piacenza da en llamar “*memoria de la inmadurez*” (p. 221).

El optimismo pedagógico se expresó en los llamados “cuentos de escuela”, que aunarán tanto “una suerte de poética escolar como la primera crisis del modelo de la escuela tradicional” (p. 229). Sus antecedentes se remontan a dos novelas emblemáticas: *Las tribulaciones del estudiante Torlëss* (1904), de Mussil y *Retrato del artista adolescente* (1916), de Joyce. En este tipo de relatos, “la vida escolar representa una suspensión momentánea de la ‘vida real’ y por eso, como la literatura, tiene la doble posibilidad de separarse de ella y, a la vez, de evocarla” (p. 232). En el plano nacional, Piacenza analiza la *saga de los irlandeses* de Rodolfo Walsh, pero también aborda narraciones de Abelardo Castillo, Miguel Briante, Germán García, Jorge Masciangioli, David Viñas y Beatriz Guido. Instituciones militares y religiosas actuaron como dispositivos de control, y así puede verse en los cuentos situados en internados o en el servicio militar, cuyos protagonistas padecen los peligros de la rebeldía. La clausura espacial del internado, con su inconfundible arquitectura y su complejo ejercicio del poder (p. 240) contiene, en Walsh y Viñas, un fuerte componente autobiográfico. El relato de formación femenina, categoría siempre problemática, es meticulosamente analizado en Beatriz Guido, Norah Lange o Sara Gallardo; mientras que los misterios del “hacerse hombre” en tanto “proceso de evaluación constante” de la masculinidad (p. 304), se develan en “La invasión”, de Ricardo Piglia; o en “El marica” y “La madre de Ernesto”, de Abelardo Castillo.

La lectura adolescente es recuperada como “uno de los narremas elementales de los textos autobiográficos”, esencial en la formación intelectual, sentimental o moral. Las escenas clandestinas de iniciación lectora recuerdan que “Del *otro lado* de la lectura, esperan territorios prohibidos (el cuerpo, la sexualidad), geografías desconocidas del mundo (la injusticia, la vida de los otros, ideas revolucionarias) y paraísos artificiales que dan forma a la experiencia a través de la ficción (la ficción del cine, de la ensoñación, de la ilustración)” (p. 280). Esta circunstancia se asocia con el mercado: en los sesenta los adolescentes son descubiertos como “público

diferenciado” por parte de las editoriales (p. 256), que ofrecerán libros dirigidos a ellos, ficcionales y de divulgación científica. Para desbrozar el panorama, surgen tratados como el *Estudio crítico de la literatura juvenil* (1958), del italiano Enzo Petrini; o *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas* (1975), del francés Marc Soriano, quien visualiza ya el conflicto entre literatura y cultura de masas (p. 324). En análogo sentido pero en Argentina, descuella la tarea de Graciela Montes para el Centro Editor de América Latina; el estudio *Sobre las hadas (Ensayos de literatura infantil)*, de Fryda Schultz de Mantovani (1959); y la *Didáctica de la literatura creadora*, de María Hortensia Lacau (1966), quien fuera directora de la colección GOLU, de Kapelusz. De la mano de las nuevas antologías, ingresan al canon escolar “Daniel Moyano, Antonio Di Benedetto, Angélica Bosco, Abelardo Castillo, Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges” (p. 333). Piacenza reconstruye, mediante datos editoriales y testimonios orales, la historia de las enciclopedias y de las colecciones en fascículos que eclosionan en la época; síntoma palmario del extendido anhelo de cultura general, distinción y participación en el mercado del trabajo y la profesionalización. También el acto de escribir, alimentado por los postulados del existencialismo, es considerado “una oportunidad para la afirmación de la libertad individual” (p. 257): la escritura adolescente se orienta principalmente hacia los géneros de la literatura íntima (cartas, diarios), las composiciones escolares y la “escritura abyecta del anónimo” (p. 258). La tematización de cada uno de ellos en las producciones del período es finamente detectada y explorada en esta investigación.

El enfoque de Piacenza constituye una apuesta audaz pues atraviesa las demarcaciones, siempre complejas, entre literatura, sociedad e ideología; sin embargo, los resultados demuestran a las claras su factibilidad y conveniencia. No sólo porque sus apreciaciones incorporen en forma sostenida categorías e información de diferentes disciplinas (la historia, la sociología, la antropología, la psicología, la pedagogía o la filosofía), remitiéndose en cada caso a una sólida bibliografía; sino también por las ventajas que conlleva el movimiento inverso, y mucho menos habitual: el de convertir al texto literario en indicio. Por lo mismo, el libro satisface pero a la vez desborda las expectativas de los críticos y teóricos de la literatura, para convocar a historiadores, sociólogos, pedagogos y educadores. Muchos procesos, actualmente en

curso, empalman con las circunstancias descritas en sus páginas; pero además, Piacenza diseña, a partir de su propia praxis, una metodología que exhibe los puntos de engarce entre múltiples variables, incitándonos a recapacitar sobre la forma que hoy adoptan y haciéndonos partícipes de su gesto revelador.